

”H. Rommen y el Estado en el pensamiento católico” *

El libro de Rommen, tiene a mi juicio un interés general para los católicos y no católicos. Este interés añade a su generalidad un alcance concreto y urgente, si lo referimos a los lectores españoles, quienes quizás se sorprendan ante alguna de las afirmaciones que el profesor Rommen sostiene y defiende. Se trata de un libro pensado en el clima político y cultural norteamericano y por consiguiente es posible que, manteniendo su sentido católico, no encaje con rapidez y sin dificultades en el clima político y cultural español. Pero esperamos que la nota de catolicidad triunfe, lo universal triunfará sobre lo particular, y este libro, uno de los más importantes que sobre el tema se han publicado en los últimos años, realice su función profiláctica y depuradora, según los casos.

Para no extenderme en exceso y responder a uno de los principios que parecen presidir el pensamiento y la redacción de esta obra, el principio de economía del esfuerzo en provecho del rendimiento máximo, enumeraré sucintamente los puntos que yo creo de mayor interés que el lector conozca, antes de comenzar a leer una obra extensa que tiene en muchos casos el carácter de un libro de consulta. —A mi juicio hay en este libro un manifiesto antiesteticismo: el temor a hacer excesivas concesiones a esas envolturas estéticas, que desde el Renacimiento vienen obscureciendo, cuando no deformando, la conciencia religiosa occidental.

En un proceso de siglos la concepción estética del mundo ha ido subsumiendo a la concepción religiosa del mundo y tal subsunción ha acabado en muchos casos por suplantar la re-

* H. ROMMEN: "The State in catholic thought. A treatise in political philosophy". St. Louis, London, 13. Herder Book Co., 1950. (De este libro está próxima a aparecer la traducción española, hecha por el autor de esta nota).

ligión en cuanto tal por la religión de la estética. Si se tratase de una substitución, es decir, de un caso más de los muchos casos límites a que ha llegado la secularización en Occidente, no habría nada anormal en el proceso, pero se trata de una suplantación, según la cual los valores estéticos actúan como valores religiosos, produciendo lo que hemos llamado esteticismo o religión de la estética. La consecuencia de este hecho es que la legitimación por razones estéticas prevalece sobre la legitimación por razones morales y el esteticismo traduce lo bueno o lo malo en fealdad o belleza, lo que en el fondo equivale a traducirlo al placer a al displacer. Y ha sido tan fuerte este proceso que en el seno mismo del catolicismo ha ejercido una gran influencia y sería relativamente fácil proseguir la línea de una "estetización" de la religiosidad que, ahora, parece empieza a rechazarse, buscando otra vez una conciencia religiosa independiente en lo que cabe, de los estados de conciencia meramente estéticos. Quizás respondan a esto las nuevas tendencias arquitectónicas e incluso la sencillez en el decorado de las Iglesias.

Es una cuestión que habría que considerar más despacio para calibrar hasta que punto ayuda o desavuda a la tesis expuesta, la de la novela moderna, tipo Graham Greene, que quizás pueda interpretarse como un testimonio más de la suplantación de lo religioso por lo estético en el proceso de transición de las artes plásticas a la literatura. En todo caso es muy difícil que hoy se escriban libros como los de Maistre y Chateaubriand, y en los escritores serios y profundos, como Rommen, se entreeve el afán de no incurrir en la comodidad de la retórica convencional o de la belleza convencionalmente lograda, que no pocas veces se ha utilizado como instrumento persuasorio. Sea pues uno de los intrínsecos méritos del libro de Rommen, impreciso, aunque a mi juicio perceptible, la prevención respecto del esteticismo.

En relación con esto, en estrecha relación, está la tendencia a recurrir, en los problemas referentes a la Filosofía del Derecho y teoría del Estado, a la autoridad de los padres del Escolasticismo tardío, rehuendo acozarse a la protección de los teólogos políticos románticos. Teólogos políticos que incurrieron en la falsificación que en el párrafo anterior expusimos. En efecto, quizás los capítulos más valiosos del libro de Rommen, sean los que dedica a la teología política en los que hay una repudiación de las tesis ideológicas de De Maistre, De Bonald, Donoso Cortés, etc. En principio los teólogos políticos parece como si estuviesen profundamente condicionados por una valoración estética de la realidad, pero además se vincularon, de un modo que a Rommen le parece simplemente circunstancial y en todo caso exagerado, a la monarquía como única forma de gobierno satisfactoria para la Iglesia, inclinándose abiertamente a un absolutismo que según el autor de este libro es ajeno a los principios espirituales católicos. De acuerdo con la tesis de Rommen, no es el romanticismo político estetizante el que debe servirnos de guía, sino la teoría de Vitoria, Suárez, Bellarmino

y tantas otras personalidades de la Iglesia, cuyo mayor saber, serenidad de espíritu y universalidad en el raciocinio y la intención rebasan ampliamente la personalidad de los teólogos políticos. Este retorno a los doctores de la Iglesia implica dos consecuencias importantes; una la vuelta a la fundamentación del derecho y la política en el Derecho Natural, principio preterido por los románticos, que daban la máxima importancia a las "leyes de la historia" y a un providencialismo históricamente legitimado. En segundo lugar, junto a este retorno al Derecho Natural, la vuelta a la valoración tridentina de la idea de libertad. Es muy cierto que en el transcurso del siglo XVIII y del XIX, se olvidó por muchos escritores católicos o por lo menos no se acentuó de modo suficiente, que el Concilio de Trento defendió denodadamente la libertad como fundamento del principio dogmático de la salvación y que, por consecuencia, esta libertad tiene que estar a la base de las doctrinas jurídico políticas de los doctores inmediatos al Concilio. Por otra parte, es la que mejor se adecua e intrínsecamente pertenece a los principios democráticos de la Iglesia católica. De esta revalorización anti-romántica de los grandes doctores del Escolasticismo tardío, Rommen obtendrá los fundamentos de su espléndido libro. Es notable que en los países latinos, en los que ha predominado el espíritu del Concilio de Trento hayan sido más frecuentes las dictaduras que en los países germánicos y anglosajones. Esta aparente contradicción se ha intentado resolver desde diferentes puntos de vista, pero el más común ha sido el de considerar la Iglesia católica como resultado de la alianza del espíritu cristiano con el Derecho Romano. De aquí según Rudolf Sohm, por ejemplo, el sentido jerárquico de la Iglesia católica y su concepción del poder. Esta tesis ha permitido sostener que en los países no católicos, o de mayoría protestante, la religión abandonada a sí misma, sin recogerse en la estructura jurídico política jus romana, ha cristalizado en formas de convivencia libres más de acuerdo con el espíritu evangélico. No obstante esta teoría, que Rommen combate, no explica a mi juicio suficientemente la complejidad del proceso histórico.

En lo dicho va implícito que Rommen es esencialmente anti-totalitario y aún más que no cree compatible totalitarismo político y religión católica. Este es uno de los grandes méritos de su obra. El lector juzgará mejor leyendo los párrafos acerca del liberalismo tal y como Rommen lo entiende, en cuanto doctrina que coincide esencialmente con la actitud del católico ante el mundo.

Trata Rommen, pues, el tema del totalitarismo, con una enorme crudeza y podemos, glosándole, preguntar en beneficio siempre de una mayor claridad, ¿Qué es totalitarismo?. En términos generales el totalitarismo es la afirmación de que un principio único, absoluto e inmanente define y da sentido unitario a la realidad política que se constituye en el orden concreto y superior en que ese principio se realiza. Este principio, único que define y da sentido puede proceder de la historia, de la naturaleza y en algunos casos, incluso, de la religión, cuando la

religión se aparta de la espiritualidad y trascendencia que caracterizan al cristianismo. Es pues patente que aunque los supuestos de hecho del totalitarismo están en la infraestructura económica del mundo occidental, las ideologías legitimadoras proceden, en términos generales, de Hegel y de los movimientos filosóficos posthegelianos que se aproximan de un modo u otro a la triple hipóstasis del principio definitorio con la naturaleza, la historia o la religión. De este modo explica Rommen, con innegable profundidad, la función de la geo-política como una ciencia al servicio del totalitarismo. La geopolítica explica como el escenario espacial de la historia está en función del principio totalizador, y por consiguiente en función de la política expresión de tal principio. Pero Rommen no cree que la política sea la realización de un principio absolutizador, sino un arte para gobernar en beneficio del bien común de acuerdo con los supuestos del Derecho Natural.

En estrecha relación con todo lo anterior, está el sumo cuidado y quizás en algunas ocasiones prevención, desde luego prevención libre de prejuicios, con que Rommen trata la "élite". Es evidente que entre las diversas formas del totalitarismo y la idea de "élite" hay una conexión indestructible. Las hipóstasis a las que nos hemos referido antes no solo encarnan en un "jefe", personalidad a la que se atribuyen condiciones superiores a las del resto de los mortales, merced a cuyas condiciones es la expresión genuina de la realización política de esas hipótesis, sino que en torno a esta personalidad hay una "élite" que goza de parecidas dotes de excepción a las que se atribuyen al jefe carismático. Tal grupo director tiene el secreto de la interpretación, en cada caso concreto, del principio que totaliza una determinada comunidad. Desde este punto de vista, la "élite" se apoya en una conciencia pseudo-religiosa, que inexorablemente la lleva a enfrentarse con la religión católica. Pudiera haber momentos de transición entre cierta parte del clero y tales grupos de elegidos, pero a la larga la diferencia que impone el reconocimiento de la trascendencia de la libertad y de la persona, hace que la Iglesia se enfrente con las "élites" minoritarias que dicen que interpretan y realizan el sentido de la historia. Cuando se llega a esta situación de enfrentamiento y es la Iglesia la que adopta la decisión hay un signo inequívoco de que la tiranía implícita en tales "élites" se ha hecho intolerable. Caso manifiesto era el de Rusia y el de ciertos países afines. Al católico la presencia de estos grupos de escogidos, que tienen siempre un cierto carácter puritano, incluso una ascética puritana, le plantea con extremosidad inexorable el problema de la doble lealtad. Este problema ya se le planteó al mismo Jesucristo, que lo resolvió aceptando la posibilidad de mantenerse leal a dos poderes, siempre que no hubiera entre ellos interferencias que implicasen la degradación o destrucción de uno de los dos. "Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César". De siempre ha vivido el cristianismo en la tensión de la doble lealtad, que en cierto modo es un reflejo de

la tensión entre el bien y el mal, la Gracia y la Naturaleza. Precisamente en el seno de esta tensión se esconde el secreto de la paradójica vida cristiana, paradoja que procede de vivir en el tiempo, teniendo clara conciencia de la existencia de la eternidad. Nace de esta tensión un comportamiento paradójico. Por lo menos el cristiano vive tal tensión como paradójica, aunque substantivamente no lo sea. En el orden político, la exigencia de la doble lealtad puede llegar a tener caracteres sumamente graves de modo que obligue a una elección decisiva. Así la lealtad al Estado y la lealtad a la Iglesia, lealtades que chocan en los casos en que el Estado cae en manos de un tirano o de un grupo tiránico y exige del individuo actividades o simplemente asentimientos que van en contra de las reglas de la conducta moral cristiana. En tales casos, cuando son manifiestos, la tradición doctrinal católica da a Rommen argumentos que no permiten dudar. Llevado a ciertas situaciones esto renueva hoy problemas tan graves como el de la licitud de la muerte del tirano. Desde luego, Rommen procura en todo momento disminuir los casos que justifican tal reacción del pueblo contra la tiranía. No obstante siempre queda, pese a todo, en el seno mismo de esta argumentación, un amplio sector para lo opinable.

La oposición constante de Rommen al positivismo, de tal manera constante que se puede en términos generales calificar su obra de una lucha sostenida respecto de dos frentes únicos, totalitarismo y positivismo, no le lleva, como en algunos escritores católicos suele ocurrir, a menospreciar o desconocer la importancia del punto de vista sociológico. En cierto sentido y este es uno de los sorprendentes méritos del libro, Rommen hace un estudio sociológico del Estado según el pensamiento católico. Sin decirlo expresamente predomina en toda la obra un punto de vista que pudiéramos calificar de *situacional*, predominio que, como es lógico, no atenta contra la primacía absoluta y supra-temporal de los valores éticos. Rommen ve los problemas con un criterio sociológico. No ignora la importancia decisiva de los grupos de presión, la función social de las ideologías transitorias, la importancia en el mundo internacional e incluso nacional de las coincidencias de intereses que prevalecen con mucha frecuencia sobre las coincidencias de ideales. En pocas palabras ha configurado Rommen esas situaciones inciertas, aunque de contenido muy preciso, en que intereses mezquinos, sórdidas ambiciones y privilegios moralmente intolerables, se constituyen en los supuestos directores de una determinada comunidad. Con un criterio amplio estudia la tensión entre las clases sociales y la actitud pseudo-religiosa que convierte la religiosidad en un estilo de vida convencional que protege los intereses, al mismo tiempo que ofrece una cierta apariencia de protección para las almas. Se puede afirmar, que hay en este libro supuestos revolucionarios, en la medida en que en la situación actual del mundo la justicia continúa siendo un ideal necesariamente revolucionario.

Hay en toda la obra un tema que de continuo aparece y

reaparece y cuyo estudio resultaría en cierto modo impropio de esta nota, ya que requeriría por sí solo un libro que fuera de larga meditación; me refiero al tema del cristiano en el mundo, tema que, por lo que veo, suscita de continuo problemas e inquietudes. ¿Cuál es el campo de acción de un cristiano sincero, llamado por la gracia y lo sobrenatural, en un mundo dominado por una actitud anti-cristiana o por lo menos que degrada y atenta continuamente contra la pureza del cristiano?. En el orden político este libro pretende ser una respuesta a esta ardua cuestión. Precisamente la sinceridad de la intención respecto de la respuesta nos lleva a valorar con el máximo respeto esta su obra.

E. T. G.

SIFEMA, S. A.



FUNDICION DE ACERO MOLDEADO
AL HORNO ELECTRICO

y

TALLERES MECANICOS



Avda. n.º 9 (Pabellón) - Teléfonos: 33156 - 38237

RECALDEBERRI-BILBAO